

al Amor riéndose en los aires batiendo las alas, y oírle gritar alegremente: *Hércules está vengado.*

La madre en tanto hace preguntas al maestro: «Señor maestro, ¿cuánto paga usted a esos oficiales?— Señora, les doy una peseta diaria a cada uno y de comer; pero si el joven quisiera, ganaría mucho más, porque es el mejor oficial de esta tierra. — ¡Una peseta al día y de comer! dice mirándonos enternecida la madre. Sí, señora, replica el maestro». Al oír estas palabras, corre hacia Emilio, le abraza, le estrecha en su seno, vertiendo lágrimas y repitiendo muchas veces: «¡Hijo mío, hijo mío!»

Después de haber pasado un rato en conversación con nosotros, pero sin dejar el trabajo, da la madre la orden de marchar, pues se hace tarde y las estarán aguardando. Arrimándose luego a Emilio, y dándole una palmadita en la mejilla, le dice: «Buen oficial, ¿no quiere usted venirse con nosotras?» El responde con voz muy triste. «Tengo dada mi palabra, dígaselo usted al maestro». Preguntan al maestro si quiere dejarnos ir, y responde que no puede. «Tengo, dice, obra que urge y es preciso entregarla pasado mañana. Contando con estos señores, he despedido otros oficiales que se me han presentado; si me faltan, no sé dónde hallaré otros y no podré entregar la obra el día que he prometido.» No replica la madre, y espera a que hable Emilio. Este baja los ojos y calla. «Caballero, le dice extrañando algo este silencio, ¿no tiene usted nada que replicar?» Emilio mira con tiernos ojos a la hija, y responde sólo estas palabras: «Ya ve usted que es fuerza que me quede». Con esto se van las señoras y nos dejan: Emilio las acompaña hasta la puerta y las sigue con los ojos hasta perderlas de vista, y se vuelve en silencio al trabajo.

En el camino, picada la madre, habla a su hija de la

rareza de este modo de proceder. «¿Qué, dice, tan dificultoso era contentar al maestro sin estar obligado a quedarse? ¿Un mozo tan pródigo, que tira sin necesidad el dinero, no le sabe hallar en los lances que se necesita? — Mamá, responde Sofía, no quiera Dios que atribuya nunca Emilio tanto poder al dinero, que se sirva de él para romper sus empeños personales, para faltar impunemente a su palabra, y hacer que otro falte a la suya. Bien sé que con facilidad resarciría al artesano del ligero perjuicio que le causara su ausencia; pero, haciéndolo así, esclavizaría su alma a las riquezas, se acostumbraría a sustituir con ellas sus obligaciones, y a creer que quien paga está dispensado de todo. Otro modo de pensar tiene Emilio, y no quiero ser yo causa de que le mude. ¿Cree usted que no ha sentido quedarse? No dude que por mí lo ha hecho; bien me lo han dicho sus ojos».

No quiere decir esto que sea indulgente Sofía en lo tocante a los verdaderos obsequios del amor; muy al contrario, es imperiosa, mal contentadiza, y más quisiera no ser amada que serlo a medias. Tiene la noble soberbia del mérito que se reconoce, se estima y quiere ser acatado como él se acata. Desdeñaría un corazón que no conociese todo lo que vale el suyo, que no la amase por sus embelesos y más por sus virtudes; de un corazón que no prefiriese a ella su propia obligación y ella a todo lo demás. No ha querido un amante que conociera otra ley que la suya: quiere reinar en un hombre que no haya cambiado. Así desdeña Circe a los compañeros de Ulises que ha envilecido, y a él solo, que no ha podido hacer mudar, se entrega.

Mas dejando aparte este inviolable y sagrado derecho, excesivamente celosa de todos los suyos, Sofía observa con qué escrupulosidad los respeta Emilio,

con qué fervor cumple sus voluntades, con qué maña las adivina, con qué puntualidad llega en el instante que le ha prescrito: no quiere que se retarde ni que se adelante, sino que sea exacto. Adelantarse es preferirse a ella; retardarse es desatenderla. ¡Desatender a Sofía! No le sucedería dos veces. La injusta sospecha de una sola estuvo en poco de echarlo todo a perder; pero Sofía es justa y sabe reparar sus agravios.

Nos esperan una tarde: Emilio ha tenido la orden. Vienen a recibirnos y no llegamos. ¿Qué se han hecho? ¿Qué desgracia les ha sucedido? ¡Nadie de su parte! Pasan la primera noche esperándonos. La pobre Sofía cree que hemos muerto: se desconsuela, se afana y llora sin cesar. Al anochecer habían despachado un mensajero para informarse de nosotros, y que trajera noticias nuestras al otro día por la mañana: vuelve éste en compañía de uno de nuestra parte disculpándonos verbalmente, y diciendo que estamos buenos. Poco después llegamos nosotros mismos. Entonces varía la escena: Sofía enjuga sus lágrimas, o si las vierte, son de rabia. Nada ha ganado su altivo corazón con tranquilizarse acerca de nuestra vida: vive Emilio, y ha hecho que le esperara ella en balde.

Cuando llegamos quiere encerrarse. La mandan estar quieta y tiene que obedecer; pero al momento resuelve lo que ha de hacer: afecta un semblante sereno que a otros engañaría. Viene su padre a recibirnos y nos dice: «Mucha zozobra han causado ustedes a sus amigos; personas hay aquí que no se lo perdonarán con facilidad.—¿Pues quién, papá? responde Sofía, fingiendo la más halagüeña risa que puede.—¿Qué importa, replica su padre, con tal que no seas tú?»—Calla Sofía y fija los ojos en su labor. Su madre nos recibe con ademán frío y estudiado: Emilio, cortado, no se atreve a acercarse a Sofía. Esta le habla, le pregun-

ta cómo está, le invita a que se siente, y de tal manera disimula, que el pobre mozo, que todavía no sabe el idioma de las vehementes pasiones, se alucina con esta serenidad y casi le falta poco para quedar picado de ella.

Para desengañarle voy a coger la mano de Sofía, y quiero llevármela a la boca como hago algunas veces: la retira atropelladamente diciéndome *caballero* con tono tan raro, que este involuntario movimiento la descubre al instante a los ojos de Emilio.

La misma Sofía, viendo que está descubierta, se violenta menos. Su aparente serenidad se convierte en un irónico menosprecio. A todo cuanto le dicen responde con monosílabos pronunciados con lenta e insegura voz, como temerosa de que se deje ver demasiado en ella el acento de la indignación. Medio muerto Emilio de susto, la mira con dolor y procura lograr que fije los ojos en los suyos, para que lea mejor en ellos sus verdaderos afectos. Más irritada Sofía con su confianza, le lanza una mirada que le quita todo deseo de solicitar otra. Cortado, trémulo Emilio, no se atreve a mirarla ni hablarla, por fortuna suya, pues, aunque no tuviera culpa, si hubiera podido aguantar su enojo, jamás se lo hubiera ella perdonado.

Viendo entonces que ha llegado mi vez, y que es tiempo de explicarme, vuelvo a Sofía. Cojo otra vez su mano que ya no retira, porque la falta poco para desmayarse, y la digo con suavidad: «Amada Sofía, somos desgraciados; pero vos sois racional y justa, y no nos juzgaréis sin oírnos: escuchadnos». No responde, y hablo así:

«Salimos ayer a las cuatro; se nos había mandado estar aquí a las siete, y siempre nos tomamos más tiempo del necesario, para descansar cuando llegamos

cerca. Ya habíamos andado tres partes del camino, cuando llegaron a nuestros oídos unos dolorosos lamentos que salían de la garganta de una colina a corta distancia de nosotros. Acudimos a los gritos, y encontramos a un desventurado aldeano que, volviendo de la ciudad un poco bebido, había dado tan terrible caída de su caballo, que se había roto una pierna. Damos voces llamando gente; nadie responde: probamos a montar otra vez a caballo al herido y no podemos conseguirlo: al menor movimiento, sufre el desventurado horribles dolores. Nos resolvemos a atar el caballo en lo más apartado del bosque; formando luego una litera con nuestros brazos, cargamos en ellos al desgraciado y le llevamos lo más despacio posible, siguiendo sus indicaciones, por el camino que era menester andar para ir a su casa. Era larga la travesía y fue preciso descansar muchas veces. Al fin llegamos rendidos de fatiga, y amargamente sorprendidos vemos que ya sabíamos la casa, y que el infeliz que con tanto afán transportábamos era el mismo que tan cordialmente nos había recibido el primer día de nuestro arribo a esta casa. Con la común turbación, no nos habíamos conocido hasta entonces.

»Tenía dos criaturas pequeñas. Su mujer, que estaba próxima a parir la tercera, se asustó de tal modo al verle, que se sintió con agudos dolores, y parió a pocas horas. ¿Qué podíamos hacer en estas circunstancias en una apartada choza donde no era posible esperar socorro ninguno? Resolvióse Emilio a ir a buscar el caballo que habíamos dejado en el bosque, montarle y correr a llamar un cirujano de la ciudad. Dió al cirujano el caballo y, no habiendo podido encontrar con bastante prontitud una mujer que los cuidase, se volvió a pie con un criado, después de haberos despachado un propio; mientras que yo apurado, como os

podéis figurar, entre un hombre con la pierna rota y una mujer de parto, disponía todo cuanto creía que pudiera necesitarse para alivio de ambos.

»No os referiré menudamente lo demás; no se trata de eso. Las dos de la madrugada eran antes que hubiésemos sosegado un instante ni uno ni otro. Finalmente, hemos llegado antes del amanecer a nuestro albergue aquí inmediato, donde hemos esperado la hora de que estuvieseis despierta para daros cuenta de nuestro percance».

Callé, pero, antes que nadie responda, Emilio se acerca a su amada y, con más entereza de lo que hubiera yo creído, la dice: «Sofía, árbitra sois de mi suerte, bien lo sabéis. Podéis matarme de pesar, mas no esperéis hacer que me olvide de los derechos de la humanidad, más sagrados para mí que los vuestros, y nunca por vos renunciaré a ellos».

En vez de responder Sofía a estas palabras, se levanta, ciñe con un brazo su cuello, le da un beso en la mejilla y, alargándole luego la mano, le dice: «Emilio, toma esta mano, tuya es. Sí, cuando quieras, esposo y dueño mío, yo procuraré merecer ese honor».

Apenas le ha abrazado, cuando embelesado su padre da palmadas gritando, *otro, otro*, y Sofía, sin hacerse de rogar, le da dos besos en la otra mejilla; pero casi al momento, asustada con lo que acaba de hacer, se arroja en los brazos de su madre, y en el seno maternal esconde su semblante inflamado de vergüenza.

No describiré el común júbilo; todo el mundo se le puede figurar. Después de comer, pregunta Sofía si está muy lejos la casa de los pobres enfermos para ir a verlos. Sofía quiere, y es una obra de caridad. Vamos allá, y los encontramos en dos camas separadas; Emilio había hecho traer una: hallamos junto a ellos gente que los cuida; Emilio la había buscado. No obs-

tante, ambos están tan mal arreglados, que padecen tanto con lo incómodos como con su situación. Sofía hace que le den un delantal de la buena mujer, y la arregla bien su cama; lo mismo hace luego con el hombre; su ligera y suave mano sabe hallar todo cuanto los lastima, y hacer que sus doloridos miembros descansen más blandamente. Ya se sienten aliviados cuando ella se acerca: diríase que adivina todo lo que les hace mal. Esta doncella tan delicada no tiene asco ahora ni de la suciedad ni del mal olor, y sabe hacer que ambas cosas desaparezcan, sin valerse de nadie y sin incomodar a los enfermos. Ella siempre tan modesta y a veces tan desdeñosa, que por el mundo entero no hubiera tocado con la punta del dedo a la cama de un hombre, menea y da vueltas al herido sin escrúpulo ninguno, y le pone en posición más cómoda, para que pueda permanecer en ella mucho tiempo. El fervor de la caridad sustituye con ventajas a la modestia: lo que hace, lo hace con tal maña y ligereza, que el enfermo se siente aliviado, casi sin conocer que le ha tocado. El marido y la mujer bendicen a la amable niña que los compadece y los consuela. Es un ángel del cielo que Dios les envía; tiene angelical la cara, la gracia, la dulzura y la bondad. Enternecido Emilio la contempla silencioso. Hombre, ama a tu compañera: Dios te la da para consolarte en tus penas, para aliviarte en tus males: esa es la mujer.

Se bautiza al recién nacido. Los dos amantes son los padrinos, ansiando, en lo interior de su corazón, proporcionar en breve el mismo favor a otros. Anhelan por el deseado instante; ya creen que tocan a él; todos los escrúpulos de Sofía están desvanecidos, pero empiezan los míos. No han llegado aún a donde creen: es menester que a cada uno le toque su vez.

Habiendo pasado dos días sin verse los amantes, en la mañana del tercero entro en el cuarto de Emilio con una carta en la mano, y le digo, mirándole de hito en hito: «¿Qué haríais si os dijese que ha muerto Sofía?» Da un terrible grito, se levanta dando palmas, y sin contestar me mira con espantados ojos. «Responded», prosigo con la misma tranquilidad. Enfurecido entonces con mi serenidad, se acerca, inflamados los ojos en rabia, y, deteniéndose en postura casi amenazadora: «¿Qué haría?... No lo sé, pero lo que sé es que no volvería a ver en mi vida a quien me lo hubiese dicho.—Sosegaos, respondo sonriéndome, que vive, está buena, piensa en vos y nos aguarda esta tarde. Pero vamos a dar un paseo, y hablaremos».

La pasión que le preocupa no le permite abandonarse como antes a conferencias de mero raciocinio; es preciso interesarle por esta pasión misma, para que atienda a mis lecciones. Esto es lo que he logrado con este terrible preámbulo; ahora estoy cierto de que me escuchará.

«Preciso es ser feliz, amado Emilio; ese es el fin de todo sér sensible, el primer deseo que nos imprimió la Naturaleza, y el único que nunca nos abandona. Pero, ¿dónde está la felicidad? ¿Quién lo sabe? Todos la buscan y ninguno la encuentra. Gastamos la vida en correr tras ella y morimos sin alcanzarla. Querido mancebo, cuando naciste, tomándote en mis brazos y atestigüando con el Sér Supremo el empeño que me atrevía a contraer, sacrifiqué mi vida a la felicidad de la tuya, ¿supe yo mismo a lo que me obligaba? No: sólo sabía que haciéndote feliz estaba cierto de serlo yo. Haciendo esta útil investigación para ti, la hacía común de los dos.

»Mientras no sabemos lo que debemos hacer, consiste la sabiduría en permanecer en la inacción. Entre

todas las máximas, ésta es la que más necesita el hombre y la que menos sabe seguir. Buscar la felicidad sin saber donde se halla, es aventurarse a huir de ella, y correr tantos peligros contrarios cuantas sendas hay para descarriarse. Mas a todo el mundo es dado el saber estarse quieto. En la inquietud que nos causa el ansia de nuestro bienestar más queremos engañarnos en correr tras él que omitir diligencia en buscarle, y una vez que hemos salido del sitio donde podemos conocerle, nunca sabemos volvernos a él.

»Con la misma ignorancia probé a evitar el mismo yerro. Cuidando de ti, resolví no dar un paso inútil, e impedir que tú le dieras. No salí de la senda de la Naturaleza, entre tanto que ésta me enseñaba la de la felicidad. Ha resultado que eran una misma, y que sin pensar en ello la habían seguido.

»Sé mi testigo; sé mi juez; nunca te recusaré. Tus años primeros no han sido sacrificados a los que debían seguirlos, y has disfrutado de cuantos bienes te había dado la Naturaleza. De los males a que te sujetó, y de que te he podido preservar, sólo has sentido aquéllos que podían endurecerte para los demás. Nunca has padecido ninguno, que no fuera por evitar otro mayor. Ni el odio ni la esclavitud has conocido. Contento y libre, has permanecido justo y bueno, porque son inseparables el pesar y el vicio, y nunca se hace malo el hombre hasta que es desdichado. ¡Ojalá que la memoria de tu infancia se prolongue hasta tus ancianos años! Confío en que nunca se acordará de ella tu buen corazón sin bendecir la mano que la gobernó.

»Cuando llegaste a la edad de razón, te preservé de la opinión de los hombres; cuando se hizo sensible tu corazón, te preservé del imperio de las pasiones. Si hubiera podido dilatar esta interior tranquilidad hasta el fin de tu vida, habría yo asegurado mi obra, y

serías siempre feliz cuanto puede un hombre serlo: pero en vano, querido Emilio, he templado en la Estigia tu alma, pues no he podido hacerla invulnerable por todas partes; un nuevo enemigo se presenta, que todavía no has aprendido a vencer, y de que ya no puedo libertarte. Este enemigo eres tú mismo. Libre te habían dejado la Naturaleza y la fortuna. Podías aguantar la miseria, podías sufrir los dolores corporales, no conocías los del ánimo; no estabas ligado más que con la condición humana, y ahora lo estás a todos los vínculos con que tú te has amarrado; aprendiendo a desear, te has hecho esclavo de tus deseos. Sin que nada en ti mude, sin que te ofenda nada, sin que nada a tu sér toque, ¡cuántos pesares pueden abatir tu ánimo! ¡Cuántos males puedes sentir, sin estar enfermo, y cuántas muertes, sin morir, padecer! Una mentira, un error, una duda, puede conducirte a la desesperación.

»Has visto en el teatro a los héroes, entregados a vehementes dolores, hacer resonar la escena con sus desatinados clamores, afligirse como mujeres, llorar como criaturas y merecer así los públicos aplausos. Acuérdate de la sorpresa que estas lamentaciones, estos clamores, estas quejas te causaban en hombres de quienes sólo actos de constancia y entereza debían esperarse. ¡Qué, decías indignado, son esos los ejemplos que nos presentan para que sigamos los dechados que ofrecen a nuestra imitación! ¿Temen que el hombre no sea bastante mezquino, desventurado y débil, si todavía no vienen a tributar inciensos a su flaqueza bajo la mentida imagen de la virtud? Amado joven, sé más indulgente de hoy en adelante con la escena, que ya eres uno de sus héroes.

»Sabes padecer y morir, sabes aguantar la ley de la necesidad en los males físicos, pero todavía no has im-

puesto leyes a los apetitos de tu corazón, y los pesares de nuestra vida, más que de nuestras necesidades, nacen de nuestras afecciones. Vastos son nuestros deseos y nuestra fuerza casi nula. El hombre está unido con mil cosas por lo que anhela, y por sí propio no lo está con nada, ni aun con su misma vida: cuanto más aumenta sus vínculos, más multiplica sus penas. Todo pasa rápidamente por la tierra: todo cuanto amamos, tarde o temprano ha de faltarnos, y nos unimos a ello como si hubiera de durar eternamente. ¡Qué terror con sola la sospecha de la muerte de Sofía! ¿Pues has creído que había de vivir siempre? ¿No muere ninguna de su edad? Tiene que morir, hijo mío, y acaso antes que tú. ¿Quién sabe si ahora mismo está viva? La Naturaleza te había sujetado a una sola muerte; tú te sujetas a la segunda, y te hallas en caso de morir dos veces.

»Sujeto de esta suerte a tus desarregladas pasiones, ¡cuán digno de compasión vas a vivir! Siempre privaciones, pérdidas y sobresaltos; nunca disfrutarás ni aun de lo que te hubieren dejado. El temor de perderlo todo te impedirá que nada poseas, y, por no haber querido seguir más que tus pasiones, nunca podrás satisfacerlas. Siempre ansiarás el sosiego y siempre huirá delante de ti; serás desgraciado y te volverás malo. ¿Y cómo pudieras no serlo, si no tienes otra ley que tus desenfrenados deseos? Si no puedes aguantar las privaciones involuntarias, ¿cómo te has de imponer las voluntarias? ¿Cómo has de saber sacrificar tu inclinación a lo que debes y resistirte a tu corazón por escuchar tu razón? Tú, que ya no quieres ver a quien te dijese la muerte de tu amada, ¿cómo habías de ver a quien quisiera quitártela viva, a quien se atreviese a decirte: para ti es muerta, la virtud de ella te aparta? Si es fuerza que con ella vivas en cual-

quier evento, sea o no casada Sofía, seas tú libre o no, que ella te ame o te aborrezca, que te la den o te la nieguen, nada importa que tú la quieras; fuerza es que a cualquier precio la poseas. Dime, pues, ¿en qué delito se para el que no sigue otras leyes que los ímpetus de su corazón y a nada de cuanto desea sabe resistirse?

»Hijo mío, no hay felicidad sin valor, ni virtud sin resistencia. La voz *virtud* viene de *fuerza*; esta es la base de toda virtud. Solamente a un sér débil por su naturaleza y fuerte por su voluntad pertenece la virtud, y aunque llamemos bueno a Dios, no le llamamos virtuoso, porque para obrar bien no necesita esfuerzos. He aguardado a que estuvieses en estado de entenderme para explicarte esta palabra tan profanada. Poca necesidad hay de conocer la virtud cuando no cuesta nada el practicarla. Esta necesidad llega cuando se despiertan las pasiones, y para ti ya ha llegado.

»Educándote con toda la sencillez de la Naturaleza, en vez de prescribirte obligaciones penosas, te he preservado de los vicios que hacen penosas estas obligaciones; no tanto he hecho que aborrecieses la mentira como que te fuera inútil; no tanto te he enseñado a dar a cada uno lo que es suyo, como a no cuidarte de lo ajeno, y más bien he hecho que fueses bueno que no virtuoso. Pero el que solamente es bueno no permanece tal sino en cuanto halla gusto en serlo: la bondad se rompe y perece con el choque de las pasiones; el hombre que no es más que bueno, sólo es bueno para sí.

»Pues ¿quién es el varón virtuoso? El que sabe vencer sus afectos; porque sigue entonces su razón, su conciencia; cumple con su obligación, se mantiene en el orden y nada puede separarle de él. Hasta aquí sólo eras libre en la apariencia; sólo poseías la precaria li-

bertad de un esclavo a quien nada han mandado. Sé ahora libre en efecto, aprende a enseñorearte de ti mismo: manda, Emilio, en tu corazón, y serás virtuoso.

»Esto es otro aprendizaje que te falta hacer, aprendizaje más penoso que el primero: porque la Naturaleza nos libra de los males que nos impone, o nos enseña a sufrirlos; pero nada nos ayuda en los que nos vienen por nuestra causa, que entonces nos abandona a nosotros propios dejando que, víctimas de nuestras pasiones, nos rindamos a nuestros vanos dolores, y todavía nos engríamos con llantos que debieran sonrojarnos.

»Esta es tu pasión primera y acaso la única digna de ti. Si sabes regirla como hombre, será la última; sojuzgarás todas las demás y sólo obedecerás a la virtud.

»No es culpable esta pasión, bien lo sé; es tan pura como las almas que la sienten. Formada por la honestidad, la fomentó la inocencia. ¡Venturosos amantes! Los embelesos de la virtud no hacen más que aumentar en vosotros los del amor, y el suave yugo que os espera no es menos recompensa de vuestro recato que de vuestro cariño. Mas dime, hombre sincero, ¿no te ha dominado esa pasión tan pura? ¿No te ha hecho su esclavo? Y si mañana dejaras de ser inocente, ¿la sofocarías desde mañana? Ahora es la ocasión de probar tus fuerzas, que cuando es preciso emplearlas no es ya tiempo. Lejos del peligro se han de hacer estas arriesgadas pruebas. El soldado no se ejercita para las lides en presencia del enemigo, sino que se dispone para ellas antes de la guerra y se presenta ya preparado.

«Error es distinguir las pasiones en lícitas y vedadas, para abandonarse a las primeras y negarse a las

otras. Todas son buenas para quien las domina, todas malas para el que a ellas se sujeta. Lo que nos veda la Naturaleza es dilatar nuestros vínculos más allá de nuestras fuerzas; lo que nos veda la razón es querer lo que no podemos alcanzar; lo que nos veda la conciencia no son las tentaciones, sino dejarnos vencer de ellas. No pende de nosotros tener o no tener pasiones, pero sí reinar sobre ellas. Legítimos son todos los afectos que dominamos, y culpables todos cuantos nos dominan. Un hombre no comete culpa por amar la mujer ajena, si sujeta esta malhadada pasión a la ley del deber; pero sí la comete en amar a su mujer propia hasta el punto de sacrificarlo todo a este amor.

»No esperes de mí largos preceptos de moral; uno solo tengo que darte, y ese comprende todos los demás. Sé hombre; ciñe tu deseos a los límites de tu condición. Estudia y conoce estos límites; por estrechos que sean, nadie es infeliz mientras se encierra en ellos; lo es el que quiere pasarlos; el que, en sus desatinados deseos, cree posible lo que no es; el que se olvida de su estado de hombre para fraguarse otro imaginario, del cual siempre recae en el suyo. Aquellos bienes a que creemos tener derecho, son los únicos cuya privación nos sea costosa. La imposibilidad evidente de alcanzarlos nos desprende de ellos, y no nos atormentan los deseos sin esperanza. Un pordiosero no afana por el ansia de ser rey, ni quiere ser Dios un rey mientras no presume de ser más que hombre.

»El origen de nuestros mayores males son las ilusiones del orgullo; pero la contemplación de la humana miseria siempre hace moderado al sabio. Se mantiene en su puesto, no se afana por salir de él, ni gasta inútilmente sus fuerzas por disfrutar lo que no puede conservar, y empleándolas todas en la entera posesión de lo que tiene, es efectivamente más poderoso y rico

en todo cuanto desea menos que nosotros. Yo, sér mortal y deleznable, ¿me he de enlazar con nudos perdurables a esta tierra donde todo muda, todo huye y de donde mañana desapareceré? ¡Oh, Emilio, hijo mío! si te perdiera, ¿qué me quedaría de mí mismo? Pero es menester que me vaya acostumbrando a perderte: porque, ¿quién sabe cuándo me serás robado?

»¿Quieres por tanto vivir feliz y sabio? No apegues sin reserva tu corazón más que a la beldad que nunca muere: ciña tu condición tus deseos: antepón tu obligación a tus inclinaciones; extiende la ley de la necesidad a las cosas morales; aprende a perder lo que te pueden quitar y a dejarlo todo cuando lo manda la virtud; a hacerte superior a los sucesos, para que no destrocen tu corazón; a ser esforzado en la adversidad para no ser nunca desgraciado; a someterte por completo a tu obligación para no ser nunca delincuente. Entonces, a despecho de la fortuna, serás feliz, y sabio a despecho de las pasiones: entonces en la misma posesión de los bienes frágiles encontrarás un deleite que nada podrá perturbar: los poseerás sin que te posean, y conocerás que el hombre de quien todo huye sólo goza de lo que sabe perder. Es cierto que no tendrás la ilusión de los contentos imaginarios; pero tampoco tendrás los duelos que producen. De este cambio sacarás mucha ventaja, porque los duelos son reales y frecuentes, y los contentos raros y vanos. Vencedor de tantas engañosas opiniones, también lo serás de la que tanto precio atribuye a la vida: pasarás la tuya sin turbación y la concluirás sin susto; te desprenderás de ella como de todas las cosas. Piensen otros sobre-cogidos de terror que cesan de existir cuando la dejan: instruído tú de su ningún valor, creerás que comienzas. La muerte es el fin de la vida del malo, y el principio de la del justo».

Emilio me escucha con una atención mezclada de zozobra, temiendo de este preámbulo alguna conclusión siniestra. Presiente que, habiéndole manifestado la necesidad de ejercitar la fuerza de ánimo, le quiero sujetar a esta dura prueba, y como el herido que se estremece al ver acercarse al cirujano, ya cree sentir en su llaga la mano dolorosa, aunque saludable, que impide que se gangrene.

Irresoluto, perturbado, ansioso por saber adonde quiero ir a parar, en vez de responder, me pregunta, mas con miedo. «¿Qué hay que hacer?» me dice casi temblando y sin atreverse a alzar los ojos.—Lo que hay que hacer, le respondo con voz entera, es dejar a Sofía.—¿Qué decís? exclama arrebatado, ¿dejar a Sofía! ¿abandonarla, engañarla, ser un aleve, un pícaro, un perjuro!...—¿Qué, le replico interrumpiéndole, piensas aprender de mí a merecer esos nombres?—No, continúa con el mismo ímpetu, ni de vos, ni de nadie, que yo sabré, para conservar vuestra obra, no merecerlos».

Aguardaba esta primera furia, y la dejo que pase sin alborotarme. Si no tuviese la moderación que le predico, mal me estaría el predicársela. Bien conocido me tiene Emilio para no creerme capaz de exigir de él nada que sea malo, y bien sabe que obraría mal dejando a Sofía, a la manera que él lo entiende. Por tanto aguarda a que yo me explique. Entonces vuelvo a tomar el hilo de mi discurso.

«¿Pensáis, amado Emilio, que pueda ser un hombre, en cualquiera situación que se encuentre, más feliz que vos lo sois desde hace tres meses? Si lo pensáis, desengañaos. Antes de gozar los deleites de la vida tenéis ya vacío el vaso de la felicidad. Nada más hay de lo que habéis gozado. La felicidad de los sentidos es transitoria; el estado habitual del corazón siempre pierde con ella. Más habéis gozado por la esperanza



que gozaréis nunca en realidad. La imaginación que atavía todo cuanto deseamos, en la posesión lo abandona. Excepto el único sér existente por sí mismo, no hay otra cosa hermosa que lo que no existe. Si hubiera podido durar siempre este estado, habríais hallado la suma felicidad. Pero todo cuanto pende del hombre se resiente de su miseria; todo es finito, todo effimero en la vida humana, y aun cuando el estado que nos hace felices durara sin cesar, el hábito de gozarle nos quitaría el gusto de poseerle. Si nada muda en lo exterior, muda el corazón; nos deja la dicha o la dejamos nosotros.

»Durante nuestro delirio, corría el tiempo que vos no medíais. El verano se acaba y se acerca el invierno. Aun cuando pudiéramos continuar nuestras caminatas en tan mala estación, no nos lo consentirían. Fuerza es, aun a despecho nuestro, mudar de modo de vivir, porque esto no puede durar más. En vuestros ojos impacientes veo que no os detiene mucho esta dificultad: el consentimiento de Sofía y vuestros propios deseos os indican un medio fácil para evitar la nieve y no tener que hacer más viajatas para ir a verla. Sin duda es cómodo el expediente, pero llegada la primavera se derrite la nieve, y subsiste el matrimonio, y es necesario pensarlo bien para todas las estaciones del año.

»¿Queréis casaros con Sofía y no hace aun cinco meses que la conocéis! Queréis casaros con ella, no porque os conviene, sino porque os agrada, como si el amor nunca se engañara acerca de las conformidades, y como si los que empiezan amándose nunca acabaran aborreciéndose. Es virtuosa, bien lo sé: pero, ¿basta con eso? ¿Basta con ser personas honradas para convenirse? No es su virtud lo que pongo en duda, sino su carácter. ¿Se manifiesta en un día el de una mujer?

¿Sabéis en cuántas situaciones es preciso verla para conocer a fondo su índole? ¿Os responden cuatro meses de cariño de la vida entera? Dos meses de ausencia harán acaso que os olvide; acaso otro solamente espera a que estéis lejos para borraros de su pecho; acaso cuando volváis, la encontraréis tan indiferente como hasta ahora la habéis hallado sensible. Los afectos no penden de los principios; puede seguir siendo muy honrada y dejar de amaros. Será constante y fiel, me inclino a creerlo; pero, ¿quién os responde de ella, y quién responde a ella de vos, mientras que no os hayáis visto a prueba? Para hacer la prueba, ¿esperaréis a que sea inútil? Para conoceros, ¿esperaréis a no poderos separar?

»Sofía aun no tiene dieciocho años, y vos apenas habéis cumplido los veintidós; esta edad es la del amor, mas no la del matrimonio. ¡Qué padre y madre de familia! ¡Ah! Para saber educar niños, aguardad al menos a que no lo seáis. ¿Sabéis de cuantas jóvenes han debilitado la constitución, estragado la salud y acortado la vida las fatigas de la preñez sufridas antes de tiempo? ¿Sabéis cuántos niños, por no haber tomado su primera substancia en un cuerpo suficientemente hecho, se han quedado endebles y enfermizos? Cuando a la par crecen la madre y el hijo, y se divide la substancia necesaria para el incremento de cada uno de los dos, ni a uno ni a otro le toca lo que le destinaba la Naturaleza: pues, ¿cómo es posible que no padezcan entrambos? O tengo muy mal conocido a Emilio, o más querrá tener más tarde hijos y mujer robustos, que contentar su propia impaciencia a costa de la vida y salud de ellos.

»Hablemos de vos. Aspirando al estado de esposo y padre, ¿tenéis bien meditadas las obligaciones de tal? Haciéndoos cabeza de familia, os vais a hacer miem-